

# EL MOTÍN

Año XL

Madrid, Sábado 25 de Septiembre de 1920.

Número 38.

## EL MOTÍN PERIÓDICO SEMANAL SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

### Juan González Mateos

¿Qué quién era éste hombre que murió en la madrugada del Domingo último a los 33 años de edad? Para cuantos lo conocían un tipógrafo inteligente. Para mí que lo he tenido quince años a mi lado sin haberme dado pretexto para hacerle la menor observación en lo tocante a su trabajo y menos aún a su conducta, un modelo de laboriosidad y honradez.

El era, desde que no veo, el que me leía la Prensa, al que yo le dictaba y el que me ayudaba a coordinar, repasar y corregir lo que yo deseaba que quedase de mi labor anticlerical, social y política, trabajo que tuve que interrumpir del todo tres meses há a causa de la enfermedad que Juan venía padeciendo hace año y medio.

Deja viuda y dos niñas, la mayor de seis años.

¡Pobre Juan!, merecía haber vivido más por lo noble y lo digno que era.

JOSÉ NAKENS

La noticia anterior explicará a mis lectores por qué apenas me he ocupado de EL MOTÍN esta semana y por qué reproduzco, para llenar unas columnas, el siguiente artículo publicado en «El Globo» el año 1878:

### SER FRAILE

La afilada guadaña del tiempo siega una a una las flores de la juventud; el viento seco y frío de la realidad apaga la luz de la esperanza, y las ilusiones naufragán en el mar de lágrimas arrancadas a nuestros ojos por el dolor.

¿Qué sería del hombre si en la obscura noche de la existencia no divisara alguna estrella que le guiase al portal de la ven-

tura soñada? Caería exánime sobre las piedras del camino, como el viajero rendido de sueño se desplomaba sobre la nieve que ha de servirle de sudario.

¿Quién no ha sido joven, y siéndolo, no se ha remontado en alas de su fantasía a las más altas regiones de la felicidad? ¿Quién, pensando ser militar, no ha eclipsado la fama de Napoleón; artista, la de Miguel Ángel; millonario, la de todos los Crescos reunidos? Pues, ¿y en amor, quién no ha soñado con Eloisas y Beatrices, con princesas y duquesas hermosísimas y apasionadas?

Todos hemos tocado en sueños todo lo mejor en todas las esferas de la vida, más pocos, muy pocos han visto realizado algo de lo mucho que soñaron. El que pensaba eclipsar a Napoleón alcanza el máximo de retiro en el empleo de capitán ó comandante; el que aspiraba a ser amado por princesas y duquesas, se casa con una honrada hija de familia, no muy hermosa, pero sí muy pobre; el que pretendía colcarse por cima de todos en el terreno del arte, modela santos de barro que vende á diez céntimos en ferias, ó pinta muestras en las tiendas de comestibles; y el que quería acumular en sus manos los tesoros de todos los siglos, ingresa en una Hermandad para tener asegurado el entierro. ¡Terribles decepciones que rinden los caracteres más enérgicos, y á la larga impulsan á muchos desgraciados al suicidio!

Tamaños males, inherentes á la naturaleza humana, se agravan ó atenúan según que estas ó aquellas ideas influyen en la marcha de las sociedades, y en el momento presente, fuerza es confesarlo, habían tomado proporciones aterradoras. La falta completa de esperanza en el porvenir obligaba a los españoles, víctimas del desaliento, á buscar en los empleos públicos la paz y tranquilidad que proporciona la holgarza, renunciando á mejorar de condición.

De pronto ¡oh dicha! ábrense las puertas de los conventos, y el cielo del porvenir se presenta despejado y azul, llenando de alegría a los más decorazonados.

Yo, que como tantos otros, había renunciado á los sueños de ambición, sentí una sacudida igual á la que la pila Volta imprime al cadáver. Fué tan grande mi contento, me llenó de tanto júbilo la noticia, que, lo confieso avergonzado, estuve á punto de abrazar á un cura gordo y «trinchera» que por mi lado pasaba en aquel instante. Afortunadamente para mi conciencia pude dominar tan pecaminoso deseo.

¡Ser fraile! ¿Se comprende bien lo que estas dos palabras significan? Si el poema de la felicidad necesitara un nombre, si se quisiera encerrar en una frase toda la aspiración del alma humana en la tierra, esa y no otra habría de emplearse. Permítidme, amados lectores, que la repita tres veces seguidas, que la saboree, que la diga: ¡Ser fraile! ¡Fraile! ¡Fraile!

¡Oh! Vivir ocioso mientras los demás trabajan; comer cuando muchos ayunan; dormir donde tantos velan; roncar mientras otros suspiran...

Levantarse, desperezarse, vestirse, bendecir á Dios, pasar al refectorio, engullir como un pavo, ocuparse en lo que más á uno le agrade; y vuelta á comer, y vuelta á roncar, entre-mezclando en todo eso algún rezo que otro, algún trago que otro, algún regüeldo que otro...

Visitar los apriscos de las inocentes ovejas del rebaño, que lo reciben con dulces y tierns balidos, en tanto que los carneros duermen tranquilamente bajo el árbol de la confianza, y preparadas para pastar en prados divinos la hierba de la gracia.

Ser padre de multitud de seres sin sufrir las molestias que el cargo proporciona, por entrar esa paternidad en la categoría de las cosas espirituales...

No cuidarse para nada de los mil detalles que amargan la existencia de los mundanos, de la agricultura que no prospera, de la industria que muere, del comercio que se arruina, ni de la escasez, el hambre y la miseria que las perturbaciones económicas producen en el país...

¡Oh! ¡Qué la realidad sobrepuja en este caso á todas las ficciones, y el alma más soñadora nunca pudo imaginarse un porvenir de felicidad tan completo!...

En primavera, cuando el aire cargado de perfumes trae á nuestros oídos el melodioso canto del ruiseñor, y el cielo diáfano y puro se transparenta en las aguas del tranquilo lago, ¡cuán grato será, sentido cabe el peral del convento, traer á la memoria los recuerdos de la infancia, evocar la imagen querida de la joven virgen cuya mirada inflamó de amores el corazón, reproducir las plácidas escenas de la reja y el beso furtivo, y caer en abrasador deliquio, olvidándose de los hombres del siglo que buscan afanosos en el trabajo la dicha que solo se encuentra en aquel humilde y apartado retiro!...

Y en verano cuando el canto de la chicharra se confunde con el ruido que produce la hoz al cortar las rubias espigas, y el polvo ahoga, y el sol abrasa, ¡cuán higiénico será tumbarse sobre el lecho de la fresca celda, algo aligerado de ropa, y dormir la siesta sin pensar en el infeliz segador, que acaso en aquel instante medita desfallecido en lo penoso de la sentenciá «ganarás el pan con el sudor de tu frente», pan que muchas veces no come á pesar del crecimiento bíblico!...

Y en otoño, cuando la fresca brisa trae en sus alas el delicado aroma de las últimas flores, y el dorado fruto exprimido por Noé, bebido por Lot y cantado por Salomón cuelega de las sinpáticas cepas, ¡cuán delicioso será recoger en el terrado del convento los últimos rayos del sol poniente que tiñe de ópalo y grana la base aparente de la bóveda celeste, sin cuidarse del soldado herido que expira en la cresta de la empinada montaña que le vió



luchar por la independencia de la patria...

Y en invierno, cuando el viento frío se estrella en el muro, el relámpago rasga las nubes y el trueno retumba en el espacio, ¡cuán cómodo será repantigarse en un sillón al lado del hogar y referir anécdotas piadosas ó picarescas, interrumpidas por el alegre chisporroteo de la leña que otros cortaron, sin recordar que el honrado marino sucumbió entre las furiosas olas que el huracán levanta, alzando los ojos al cielo que en trance tan terrible le abandonó!

¡Y de este modo, día tras día, y año tras año pasar esta miserable existencia, sumbiendo al fin tranquilamente, ya de viejo, ya de un atracón!

¡Y saber que haciendo todo esto, y sufriendo resignado todo esto, puede aspirar el hombre á confundirse después con los bienaventurados y los elegidos!

¡Oh! ¡Que nada hay en el mundo comparable á la dicha de ser fraile!

Hombres desengañados del mundo, desheredados de la suerte, faltos de fé y de esperanza en el porvenir, pobres y mendigos, holgazanes é inútiles... Seguidme al convento cuyas penitencias acabo de pintar; compartid conmigo las penitencias que allí se imponen; renunciad á las privaciones y necesidades que os rodean, y dejad que los inocentes y los infelices trabajen para nosotros, dándonos los productos de la tierra á cambio de las delicias del cielo que les ofrecemos. Y si el mundo no comprende nuestros sacrificios y nos tacha de egoístas ó de algo más, consuélenos la idea de que si mal nos trata, bien nos mantiene.

## EL ACEITE (1)

Tratándose de esta sustancia no es extraño que pringue y..., allá va la carta que nuestro amigo Saornil nos dirige:

Sr. D. Juan Pérez.

«Queridísimo amigo: El excesivo y sincero afecto que me profesa, le hace ver en mis méritos que no poseo, si alguna iniciativa provechosa pudiera tener en el cargo, fracasaría como siempre, querido Pérez. Es sino imposible, muy difícil conseguir mi j-ras de ninguna clase. El régimen federal autonómico que yo defiendiendo á toda hora en el Municipio madrileño es incompatible con el régimen manárquico y centralista vigente y que con grave error defienden ó al menos consienten todos los otros grupos de concejales.

Los hombres enteros de carácter; como usted haciéndome un honor, que no merezco, me reconoce; se estrellan, fracasan infaliblemente, pues usted sabe bien que hay que luchar contra todos; enemigos formidables, son los intereses y costumbres creadas, empleados, periodistas, compañeros. Alcaldes, régimen y hasta la *indiferencia popular*, todos son enemigos de nuestras ideas, de nuestros procedimientos, de nuestro sistema. ¿Cómo vamos á poder vencer y por lo tanto, demostrar que somos mejores que ellos, sin Prensa que nos aliente, ni pueblo que nos vigile? Imposible querido amigo. Siempre

(1) Estoy tan poco acostumbrado á las deferencias, que al recibir hoy la carta del Sr. Saornil, tuve una explosión de alegría, satisfacción, orgullo, lo que sea, pero si hubiera estado presente es seguro que le abrazo.

vencerán los diestros, los hábiles, los vivos, los cucos.

Su estudio sobre el aceite me parece admirable, querido Juanito, pero irrealizable por el Ayuntamiento. Este es menor de edad, vive la vida raquítica y tutelar que el Estado le permite. Este tutor es un padrastro grosero é indigno, que imide todo movimiento que libremente quiera ejecutar creyéndose con derecho á ello; es el pulpo que sujeta y estrangula todo esfuerzo que naga para librarse y poderse desenvolver con independencia.

El aceite lo compra el Estado. El Ayuntamiento toma lo que le dan, sin derecho á opinar. Así comprenderá que las iniciativas de los municipios han de ser muy limitadas. Cuanto á mí, en funciones de teniente Alcalde por una interinidad brevísima, no he de hacer otra cosa que irme enterando un poquito de algunos asuntos, no me exija más, por que no hay tiempo para otra cosa. Si puedo hacer algo será así, recibiendo lección y consejos de los amigos que como usted ven en mi condiciones y méritos de que carezco, pero como conoce mi carácter y voluntad confían y no en balde, que pueden esperar algo útil y no se equivocaría usted; pues yo sería capaz de hacer un cesto si me dieran mimbres y tiempo, pero esto es difícil porque hay quien tiene prisa para sacrificarse.

Le quiere mucho, no tanto como merece, su buen amigo,

ELEUTERIO SAORNIL

Madrid, 18 de Septiembre de 1920.

## CONTESTACION

Mucho celebro haber tocado esta cuestión que ha motivado su interesante carta, amigo Saornil.

La primera parte no es digna de usted; el hombre que se lo debe todo á sí mismo, el que ha luchado y vencido, no tiene derecho á dudar.

Y así en efecto, cuando al final de ella se revela su espíritu animoso y exclama, «yo sería capaz de hacer un cesto»... Está bien, hágale que si no dispone de mimbres, entre sus muchos amigos le proporcionaremos retamas ó juncos, y sino resulta cesto, resultará escoba para barrer tanta ismundicia.

Un punto esencialísimo hay que dilucidar.

¿Qué significa la tasa?

¿Es qué los comerciantes abusando del público venden á cuatro lo que les cuesta á uno?

Pues en ese caso cuanto haga el municipio recibirá aplausos de la opinión.

¿Es qué el Gobierno compra á cuatro y lo entrega á dos, perdiendo los cientos de millones que se gastan en alimentos?

Pues entonces ni el Ayuntamiento ni ninguna persona decente debe prestarse al juego.

Muy legítimo que un municipio defienda sus vecinos y establezca *Despachos reguladores*, pero acusar de «codiciosos» á unos comerciantes que solo perciben en la venta de ese ar-

tículo una utilidad corriente, me parece más que abusivo, canallesco.

Y además, ¿con qué derecho dispone el Estado de los fondos de todos, para que unos pocos coman ese artículo más barato?

No creo que ningún gobierno se atreva á tanto.

Descartada ésta última hipótesis y antes de seguir adelante debo hacer una protesta.

En las oficinas municipales, entretienen, hacen ir y venir varias veces, antes de dar la papeleta y lo que es peor, obligan al pobre que por ahorrar unos céntimos en aceite, se toma estas molestias, á que se gaste una *peseta veinticinco céntimos*.

¿No habrá medio de suprimir la política de peseta y el sello municipal? Si el Ayuntamiento gasta miles de pesetas en esto, ¿qué lógica tiene cobrar los veinticinco céntimos?

Dice usted: El aceite lo compra el Estado y el Ayuntamiento toma lo que le dan.

Está bien, es un hecho consumado y hay que tomarlo así, pero vamos al caso concreto.

El puesto regulador de su distrito ó los cuatro puestos con arreglo al nuevo bando, necesitan 4.000 litros diarios y el Estado sólo da 1.000. El Ayuntamiento debe procurarse los otros 3.000 litros.

Hay otros procedimientos:

1.º Que el Ayuntamiento adelante las 15 ó 20.000 pesetas necesarias, rescatándose con las primeras ventas.

2.º Que se vendan en el Ayuntamiento vales para adquirir aceite y cuando se tenga reunida la cantidad de pesetas necesaria, se trae el primer pedido, después ya los productos de la venta continuarán la operación.

Un problema falta resolver. ¿Se puede comprar en los puntos productores aceite que resulte puesto en Madrid á precio de tasa ó inferior?

Si se puede comprar no hay dificultad.

Si el Estado lo compra alto y lo vende con pérdida, es una operación de mala fe que no debe continuar.

España produce más aceite del que consume (1) según justifican los productores, pidiendo autorizaciones para exportar, y los gobiernos, concediéndolas, pero no basta, es preciso probarlo con el hecho, por eso le decía en mi carta. La primera disposición es un almacén, la segunda enviar agentes de compra á los puntos productores, la tercera no dar aceite de tasa á las tiendas, y la cuarta no reglamentar las condiciones del comprador.

Para obtener almacén no hay dificultad apelando á la Alhóndiga como le indicaba; para enviar agentes compradores tampoco, porque dentro del

(1) En *El Sol* de hoy 19 leo: «que si no se exporta el aceite lo vendería el productor á ocho pesetas los quince litros».



Ayuntamiento hay empleados inteligentes que lo harían muy bien, y los gastos de un viaje no tienen importancia. El dinero para las compras podría adelantarle al Ayuntamiento, pero si no puede hacerlo se acudiría al mismo público que va á obtener el beneficio, anunciando con bandos que en la alcaldía del distrito ó en los mismos puestos reguladores se vendían vales para adquirir el aceite á los ocho días. ¿Qué el público no compraría esos vales?

Podría usted decirle: «No tienes aceite por tu falta de civismo, yo cumplo con mi deber y tu no me secundas.»

Así se demostraba su apatía, su abandono...

Pero ¿y si acudía? ¿Y si el público le proporcionaba los medios necesarios?

¿Qué hermosa lección de ciudadanía! Todo esto en el caso de que los cosecheros de aceite no aceptasen el aval del Ayuntamiento para un plazo de ocho ó quince días que dan de tiempo unas letras aceptadas, que se podrían entregar en pago.

La dificultad de un comercio es tener á quienes vender sus artículos, y aquí que los hay se trata de que disminuyan...

¿Qué no encuentran los agentes aceite al precio de tasa?

Con otro bando se le dice al público y por lo menos habrá usted cumplido su deber de concejal y de republicano, diciendo la verdad.

Jugar con un pueblo como hacen los políticos al uso, aunque sea tan dócil como este de Madrid, es peligroso.

Y finalmente, para que usted vea que no es platónico este artículo y que tiene amigos que le ayudan, puede usted ofrecer á los puestos reguladores 50.000 arrobas de aceite á un precio que permita al Ayuntamiento ganar en la venta un 5 por 100, siempre que faciliten ustedes embases para traerlo.

JUAN PÉREZ

## Los soldados de Dios

Una oveja más que acude al redil

Esta mañana, amarrado al lecho por unas picaras fiebres, llegó á la tristeza de mi alcoba de enfemo el alegre estrépito de una música militar, con gran acompañamiento y ruido de tambores y cornetas. Vi el día que era: domingo. «¡Vaya! pensé; son los soldados que van á misa.» Y recordé aquellos tiempos en que, por observancia de la ordenanza militar, rigurosamente impuesta por algunos jefes, «los felices de que en una rata» de jase de ir á la ceremonia católica, tenía yo que aburrirme en el «santo sa rificio», á la sombra de algún confesionario, á un sueño hasta que el ballico metálico de los clarines de mi regimiento y, cuando llamaba á misa con los de infantería, las notas vulgares de la Marcha Real, me desesperaban y advertían que el sacerdote «¡en la Hostia, por lo que los hombres de guerra habíamos de posternarnos ante aquel símbolo de una religión ni universal ni profanada por muchos de nosotros, ni más verdadera y santa que otras muchas.

Para la música entraba por mi calle, y esto me hizo dudar. En mi calle, según dogma pro-

fesado por más de cuatro beatas, hay un diablo, que soy yo; pero la divina Providencia, que sabe bien lo que se hace, ha rodea lo mi infernal caverna con profusión de iglesias y monasterios. Para mayor estrechez mía, casi pared por medio de mi casa se yergue la parroquia de San Miguel, el bravo arcángel de la esada flamígera que se va, rosado y sonriente, sobre los altares, con un pie sobre la rabadá y cornifera figura de Lucifer. Mas los soldados, porque era «todo un batallón de infantería lo que desfilaba detrás de la música, no tenían la costumbre de oír misa en ninguno de los templos que forman el anillo de Dios en torno de mi satánica y azufrada per sona.

¿Adónde irían los soldados? La misa de ellos es otros días en un convento de carmelitas descalzas. Yo siempre alabé la elección, no ya porque la misa en San Benito el Real tiene, para el que le gusta algo del Arte, el deleite de contemplar primores góticos que han sobrevivido á los desmanes bárbaros de una clerencia ignorantes, encaladora, y amiga de los alarifes de confitería traídos de Barcelona, sino porque entre nuestros soldados de ayer, peregrinos hambrientos y descalzos de la España católica en armas, y los frailes mendicantes y en sandalias con que henchimos la holganza y polvosa de los Austrias, hay más analogías de las que pudieran sospecharse. Los unos eran andrajosos soldados de la Fe, y los otros, ancios, aunque en general, rozados teólogos de guerra. Y aun hoy, quitado el ex gno núcleo de exóticos que salen, melená al aire y pies en sandalias, á sor di versión de la calle, ya no se ven españoles descalzos, sino cuando los frailes de las sandalias lucen sus abundantes y cuidados pies y cuando nuestros soldaditos—por tacafueria vergonzosa del Estado despilfarrador—enseñan, sin calcetines muchas veces, dando un espectáculo poco agradable, los pies mal guardados entre la «castiza» alpargata..., que, sin embargo, no es usada por ningún jefe ni oficial.

Por lo que pude notar desde la cama, la tropa, que debía de llevar una marcha estu pend, modelo de gallardí, ¿por qué no decirlo?—torera, al son de esos pasodobles flamencos que hacen cimbrarse y bracear alocamente al cabo de pastadores, entró en la iglesia de San Miguel. No tardé en saber la razón del desusado acontecimiento. La tropa debía de bautizarse. ¿Y qué bautizo? Administración del agua, el óleo y las sales de Dios nada, me nos que el obispo de Apolonia—electo de Co rina—, varón ardiente de misticismo al que la piedad católica de la ciudad rendía el home naje de una suscripción en que, junto á la Hermandad de la Buena Muerte, aportaba su óbolo—quién sabe si aportado por la sala de jue go—el Círculo de la Izquierda liberal (con indulgencia plenaria), y junto á la Comuni dad de Madres Concepcionistas figuraban el regimiento de lanceros de Farnesio, y el Par que de Arillería, y el propio regimiento de Infantería—Isabel II, número 32—, que lle vaban de sus soldados al pío redil de la Iglesia.

Me contaron que el catecúmeno, un muchacho menudo y vivaracho, era de Extremadura y que un hermano suyo, también por bautizar al ir á filas, había sido llevado al se no amoroso de la Santa Madre mientras cum plía su tiempo de servicio militar. Y las gentes, maliciosas de suyo, guiñaban el ojo como diciendo: «¡Pura comedia. Es que así puede pasarse bien la milicia. La protección de los padrinos, que casi siempre son, en estos casos, gentes de muchas campanillas, asegura em pleos cómodos, permisos, licencias temporales... Y mañana, cogida la «paloma», todo se queda en historia ó se sigue explotando el agua bautismal para que riegue el huerto de los provechos personales.» Pero las gentes quizá pecaban de injustas. Aquella conver sión podía ser sincera. Y, después de todo, si Enrique IV, por ser rey de Francia, mandó al diablo el calvinismo y pensó que París bien valía una misa, y todos los días se ven prin cipes y princesas—católicos ó protestantes, ó císmáticos griegos—que cambian de religión con encantadora facilidad apenas se lo exige un enlace matrimonial ventajoso, ¿por qué

enfadarse con el pobre soldadito que echó sus cuentas y halló útil bautizarse?

Y luego hay que pensar en que el cuar tel—cuya vida interior, sin embargo, no es precisamente un buen ejemplo de costumbres místicas—está sometido aún á la tutela de la iglesia. El acto solemne con que se inicia la servidumbre militar—la jura de la bandera—es intervenido por el ministro de la Iglesia. No se pide á los soldados que juren por su honor filialidad á la bandera y Dios. Y allí está, como un notario del E rmo, para levantar ac ta del juramento, el cape lánosteense: «Si así lo hacéi, Dios os lo premia, y si no, os lo de manda.» Después, la sombra del Dios católico sigue, á través del año militar, en la lista del santo Patrón ó de la santa Patrona, en la obligación rigurosa de oír misa todos los Di mingués, en el cumplimiento con la Iglesia por Pascua florida y, á veces, en las proclama místicas guerreras que algún jefe—un es piritin de cacallero de la Reconquista—sue le dirigir á los soldados hablándose del orden social, de la religión, de Dios y de San tiago apóstol ó Santa Bárbara bandita.

Pero, hoy más, que nunca, el cuartel asfixia á los protectores que no sienten el amor á la iglesia católica. Hoy, en las clases directoras del ejército, se siente la necesidad de la reli gión. «La religión es un freno.» Y si años atrás, cuando lo yo era militar, solía pensar y decirse, en los cuartos de banderas: «¡un pájaro será escl, al saberse, por raro su ali dad, que un soldado esaba sin bautizar, lo que despertaba en seguida una verdadera fiebre catequística entre ciertos jefes y oficiales que ahora abundan tan más que entonces, calcúlese cómo podrá resistir tantas y poderosas agresiones para que se reconozca con Dios el pobre soldado raso que hoy descubre en un cuartel un condicio de no bautizado. Ya no se sospecha si será «un buen pájaro»; pero se le cataloga de peligroso y revolucio nario. Al mismo tiempo, no se dejan de hacer ha laguenas invitaciones. «¡Veis cómo te irá m jo!» Y un buen día, entre el regimiento vestido de gala, como si se usase una batalla para Dios, el soldadito va á que le banicen. Y a ceremonia es brillante y da mucho que hablar. Cuando el regimiento vuelve al cuar tel la música entona un pasodoble patriótico, tomado de cualquier obra de la ramplonería lírica: «Como el vino de Jerez...» Y uno se restrega los ojos y se a fuerza por creer que trascurra el siglo XX y que están lejos las guerras de religión y las luchas por la liber tad de conciencia.

OSCAR PEREZ SOLIS

El Socialista.

## ¡Sueño espantoso!

El horizonte era negro como concien cia de explotador; gruesas gotas de agua se desprendían de las nubes empapando la obscura sábana de la ciudad tierra.

La medrosa soledad parecía invadirla; en otros momentos, bulliciosa urbe; yo me aburría; había estado leyendo la Prensa, pero una flacidez invencible se había apoderado de mí, dominándome una mo dorra casi letárgica. Me acosté. . . .

Ignoro el tiempo transcurrido, pero de improvviso, me senti acorrida de una horrible convulsión ¡ah! (Y lo extraño es que yo era hombre, era hombre y forma ba parte de una Compañía minera, pode rosa.) Más, prosigo. Yo comprendí que mi última hora se acercaba, y aunque no sé de qué religión, si de la católica ó de la protestante; cómo yo era muy religioso, traté de ponerme bien con Dios.

Recogí mis pensamientos cuanto mis padecimientos físicos me lo permitían, y con voz borrosa é ininteligible, me encomendé al que en breve debería juzgarme.

Pasó el terrible y angustioso momento;



ya físicamente había dejado de sufrir, y mi alma volaba, volaba hasta la altura. Llegué ante el Supremo Tribunal del Juez inapelable, y ya me creí salvado, porque había muerto encomendándole mi alma, y rodeado de escapularios y de santas imágenes.

Más, de pronto, vi surgir á mi alrededor un ejército de hombres desarraigados, de mujeres tuberculosas, de chiquillos cada véricos; todos los cuáles me miraban con horror y con unos ojos que se clavaban en mí como puñales.

—¿Porqué acompañáis vosotros á éste alma?—dijo el Poderoso juzgador, dirigiéndose á toda aquella turba.

—¡Señor, Señor!—arguyeron á la vez—Ella nos arrjó á la miseria y la miseria nos proporcionala muerte. ¡Días, semanas, meses, sin pan, sin hogar, sin esperanza! Y sólo le pedíamos las migas que nos tiraba de su mesa. Pero, no quiso ceder y se gozó en nuestra agonía; y hasta apresuró el término de nuestra vida, azuzándonos a gentes sin corazón, que nos acribillaban con sus armas. ¡Señor, Señor! Si eres justo, hazle sufrir todos los tormentos por nosotros padecidos.

El Gran Juez me miró colérico, extendió su brazo y señalándome hacia el negro abismo, prorrumió con voz de trueno:

—«Cae para siempre á las hogueras infernales».

Desperté. Estaba aterrada; pero, ¡era verdad que yo era yo! ¿No era el gran capitalista, asesino de tantos infelices?

¿No era el infame ser condenado a las eternas penas?

Me levanté; abrí el balcón; era de día; miré las plantas, el naciente sol que brillaba sobre las mojadas corolas de las flores, y di gracias á la Naturaleza, por haberme librado de ser un monstruo tan horrendo.

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

## Un milagro de la fe

Desde lo alto del púlpito hablaba un cura y mostraba un cabello de celestial origen que en la mano tenía.

—Es un cabello de la Santísima Virgen: más de un milagro ha hecho; sí, señores: sí, cristianos: hacémede el favor de mirar, aquí lo tengo; vedlo.

Y con la acción simulada extendió un pelo imaginario que a sus dedos arrollaba.

Un curioso, colocado más cerca que de costumbre, procuraba en vano ver la reliquia.

—Padre—le dijo al fin;—á pesar de que tengo buenas lentes, no veo ese artículo de fe.

—¿Cómo quieres verlo de buenas á primeras, pedazo de bruto?—exclamó el padre irritado por aquel tropiezo imprevisto:—veinte años hace que lo estoy yo enseñando y todavía no he podido verlo.

En el cementerio de San Fernando de Sevilla se suicidó un hombre elegantemente vestido, encontrándole en uno de los bolsillos una carta en que decía, que realizaba aquél acto por disgustos de familia, encargando que 700 pesetas en billetes y varias monedas de oro y plata que llevaba consigo se dedicaran á satisfacer los gastos de su entierro y en misas en

sufragios por su alma. Llevaba un rosario arrollado á una de sus muñecas.

Los suicidas, según la Iglesia, van derechos al Infierno, mi futuro y eterno albergue; de él no hay quien saiga; luego los curas que acepten el dinero para cumplir la voluntad del difunto, deben ser procesados por delito de estafa.

## CUENTO GRACIOSO

La artista mejicana Esperanza Iris que actúa en el Teatro de la Zarzuela, acostumbra en los entreactos á cantar canciones ó contar cuentos.

El viertes 17 del actual hizo con éste las delicias del público:

«Acércose un penitente al confesonario y dijo al que lo ocupaba:

—Acabo de matar á un hombre en la calle próxima y vengo á que usted me absuelva.

—¿Qué dice usted?

—Lo que usted oye; me llevó la contraria en una cuestión y ¡zas! ¡zas! lo despaqué en el acto, procedimiento que he empleado siempre con todo el que no me ha dado la razón. El cura con voz temblorosa le dice: que está dispuesto á oírle en confesión. El le contesta que será mejor que él le vaya preguntando y le contestará. El confesor le interroga con mucha amabilidad.

—¿Cree usted en Dios, penitente?

—No señor, le responde.

—Ni se lo aconsejo, exclama á toda prisa el ministro de Dios, temeroso de que no vaya á suponer que trata de llevarle la contraria.»

El cuentecillo tiene gracia y demuestra que el clérigo de antes se contentaba con figurar el Santoral como confesor pero no aspiraba á mentir.

El regocijo que manifestó el público al escucharlo demuestra también que los más fervorosos católicos (en España todos lo somos según malas lenguas) están deseando que se les ofrezca la menor ocasión de reírse de aquello que aparentan creer.

## LA CONFESION

¿Por qué no te confiesas?—dijo el cura, y el enfermo cayó por vez tercera.

—Mira que Dios tu salvación espera y como te confieses, es segura.

Hubo una breve pausa. La voz dura del sacerdote, se tornó ya fiera, y exclamó estremecido:—¡Considera que el infierno va á ser tu sepultura!

Se incorporó el enfermo poco á poco, y con acento, entre iracundo y tierno, le dijo al capellán:—¡Padre, estoy loco!

Ella murió en mis brazos este invierno.

No se pudo salvar... pues yo tampoco.

¡Quiero volver á verla en el infierno!

CONSTANTINO GIL

Varios periódicos han hablado de que en una calle próxima al teatro Real, una familia piadosa recogió tiempo ha y máh tiene á dos niños huérfanos de padre y madre; que están sin bautizar; y que cada vez que salen á la calle son insultados y maltratados á causa de ésto por los chiquillos de la vecindad purificados con las regeneradoras aguas del Bautismo; y que las

autoridades no ponen correctivo á éstos atropellos.

Recuerdo que hace unos meses me ocupé de éste asunto, y cuando pensaba que se le habría puesto coto me encuentro con que no es así y que prosiguen esas orugas de inquisidor molestando á esas inocentes criaturas.

Repito lo que entonces dije; impóngase una fuerte multa á los papaitos de esos granujillas bautizados.

## AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Antonio Pomés, Tirrega, 4 pesetas Pedro Carballo, Valencia de Alcántara, 5 Antonio Meléndez, Constantina, 7 Fernando Pisón, M. ravalles, 3 30 Vicente Rolán, Cortegana, 2,15.

## Correspondencia Administrativa

Casas de Cáceres.—Sandalio Mendo Renovada su suscripción hasta fin Diciembre 1920.

Ventas de Villaral.—Félix Sandoval Id. a fin Agosto 1921.

Puebla de la Calsada.—Gonzalo Barrena, 11 su suscripción y la de Piñero hasta fin Noviembre 1920.

Torralba de Calatrava.—Emilio García Id. a fin de Noviembre 1920

Puebla de D. Fadrique.—Cristóbal Molero. Recibo su Giro de 4 50 pesetas y hecha la variación que indica á cuenta.

Trebujena.—José Caballero. Id. de 25 y se le remiten 16 folletos.

Tirrega.—Antonio Pomés. Id. de 6. Gracias.

Chiva.—Lorenzo Latorre. Id. de 30. Gracias.

Palma de Mallorca.—Gabriel Lirola. Id. de 9. Conforme.

Puerto de Mazarrón.—Francisco Javier Hernández. Id. de 6. Gracias.

Ferrol.—Tomas Torrente. Id. de 40 á cuenta.

Rota.—Manuel Patino. Id. de 7 50. Gracias.

Sama de Langreo.—Claudio Ochoa. Id. de 8 á cuenta.

Las Palmas.—Manuel Lucero. Id. de 2,10 de los números atrasados de Melián.

Constantina.—Antonio Meléndez. idem de 25 que distribuyo en la forma que usame ind ca.

Puerto de Santa María.—José Muñoz Id. de 10 á cuenta.

Mieres.—Juan González. Id. de 13,50 á cuenta.

Manuel.—Máximo Ramos. Id. de 30 Gracias.

## Centro Español de Unión Republicana

Buenos Aires. — B. de Irigoyen

Este Centro nos ha hecho el favor de encargarse de representar á EL MOTIN en la Argentina para todos los efectos administrativos. Las personas que deseen suscribirse, pueden entenderse con él.

Imp. Juan Pérez. — Pasaje de Valdecilla, 2. — Madrid